

El conflicto del golfo Pérsico en el umbral de la guerra

Pere VILANOVA
*Profesor Titular de Ciencia Política,
Universitat de Barcelona.
Director Asociado del Transnational Institute
(TNI), Amsterdam.*

Introducción

Si 1989 fue el año de la caída del Muro, sin duda 1990 pasará a los archivos como el año de la crisis del golfo Pérsico. La crisis, iniciada el 2 de agosto, iniciaba un proceso extremadamente complejo por su duración y sus características, que llevó a algunos analistas y observadores a sacar conclusiones ya desde los primeros momentos.

Se dijo, por ejemplo, que después del conflicto Este-Oeste empezaba el conflicto Norte-Sur, y que la crisis del Golfo era precisamente esto: el primer conflicto Norte-Sur. Esta afirmación, que con diversas variantes tuvo mucha audiencia, requiere algunas matizaciones. Cabría objetar, por ejemplo, que la primera certeza que se podía extraer desde el 2 de agosto de 1990 era el de la confirmada imprevisibilidad de la política internacional. Si nadie pudo prever, seis meses antes, la caída del Muro, tampoco nadie pudo prever, seis días antes de que se produjera, la agresión de Irak. Imprevisibilidad reconfirmada que, prudentemente, debería llevar a los expertos a adoptarla como norma de análisis. Por tanto, ni la caída del Muro permitía augurar «el fin de la historia», ni la crisis del Golfo permite hablar de «auge del fundamentalismo islámico», así, sin más. En efecto, la crisis del Golfo debe ser analizada en toda su complejidad. No es el primer conflicto del Golfo, pues la guerra Irán-Irak, entre 1980 y 1988, se circunscribió ya a aquella zona. No fue sólo una guerra bilateral, pues tuvo desde el comienzo un fuerte impacto directo en el tema del petróleo e influyó en las economías de los países desarrollados. Tuvo también una implicación militar de fuerzas marítimas multinacionales, con predominio de Estados Unidos y diversos países europeos de la Unión Europea Occidental (UEO), que desplegaron efectivos en la zona. Antes, en 1973, la guerra de Yom Kippur mostró las consecuencias que para los países occidentales podía tener un uso político del petróleo en manos de los países productores, aunque la reestructuración ulterior del sistema internacional mostró también los límites de este tipo de estrategias por parte de éstos. Se podrían buscar otros ejemplos. Pero la primera conclusión es ésta: el conflicto del Golfo no es el primero de los conflictos que expresan la tensión Norte-Sur, y se podría añadir que es discutible reducir la representación del concepto «Sur» a Sadam Husein y su régimen. La composición de la coalición antiiraquí y el aislamiento de Irak (sin más apoyos que los muy

(Nota del autor: este artículo fue terminado en su versión definitiva el 14 de enero de 1991, el día antes del término fijado por el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas para la retirada iraquí de Kuwait. No entra, por consiguiente, a analizar los acontecimientos posteriores.)

parciales y ambiguos de Jordania, Yemen y, por razones muy complejas, de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) dibujan dos bloques en una confrontación con intereses muy contrapuestos.

Ahora bien, es un conflicto nuevo en la medida en que se produce en un momento en que el sistema internacional está en mutación; en una situación en que asistimos a una revitalización —parcial, lenta, insuficiente— de las Naciones Unidas y de su capacidad de actuar; en suma, en una fase históricamente dinámica. De ello se puede deducir que después de la terminación de este conflicto las cosas difícilmente volverán a ser las mismas en toda la región de Oriente Medio.

Los antecedentes

Cuando Irak invadió Kuwait, el 2 de agosto, la reacción internacional fue la de expresar sorpresa, consternación, incredulidad. En una primera lectura, parecía imposible que Irak hubiese decidido tomar unilateralmente y sin previo aviso una medida tan dramática. El hecho de que no se hubiese previsto tal eventualidad dice también mucho sobre la capacidad de previsión que el mundo tiene ante eventuales crisis. Uno de los aspectos del conflicto sobre los que la opinión tiene menos datos es precisamente éste: ¿hasta qué punto nadie sabía realmente nada de lo que se preparaba? Obviamente, la pregunta excluye a Sadam Husein y su círculo de allegados, pero incluye en cambio a los gobiernos de Kuwait, Arabia Saudí, Estados Unidos y diversos países europeos.

Sin embargo, quizá la ignorancia no era tan grande como puede parecer a primera vista. Así, por ejemplo, M. Garrard Warner explicaba en *Newsweek* (17 de septiembre de 1990) cómo el secretario de Estado de los Estados Unidos, James Baker, estaba el día 31 de julio en Irkutsk, Siberia, para entrevistarse con el entonces ministro soviético de Asuntos Exteriores, E. Shevardnadze. A solas con su homólogo, en el interior del coche oficial, Baker informó que desde hacía días la CIA estaba recopilando datos sobre una fuerte concentración de tropas iraquíes en la frontera con Kuwait. La CIA informó de la posibilidad de una invasión. El ministro soviético, al parecer, contestó no estar al corriente pero le comentó a Baker que conocía bien a Sadam Husein y que las relaciones que desde hacía tiempo la URSS mantenía con Irak le permitían estar casi seguro de que no habría invasión. El mismo 2 de agosto de madrugada la CIA informó de nuevo a James Baker de que la invasión se produciría en menos de 24 horas y —sin confirmar— de que los gobiernos de Kuwait e Israel (no se sabe si también el de Arabia Saudí) esta-

ban ya al corriente. Shevardnadze, después de rápidas consultas, le aseguró a Baker haber recibido garantías de Irak de que la noticia carecía de fundamento. Cuando los medios de comunicación confirmaron la invasión unas horas después, el ministro Shevardnadze no pudo ocultar su asombro y malestar. De esta peculiar información salió luego el primer comunicado conjunto soviético-norteamericano, cuya ardua preparación fue obra personal de Dennis Ross —director de planificación política del Gabinete de Baker— y de Serguei Tarasenko, su homólogo soviético. Desde un primer momento hubo acuerdo no sólo en el principio de un comunicado conjunto, sino de la necesidad de que su contenido fuese lo suficientemente explícito como para que la señal resultara inequívoca para Irak: no sólo se condenaba la invasión sino que se hacía una llamada internacional para una acción conjunta específica dirigida a obligar a Sadam Husein a volverse atrás.

La importancia de este episodio todavía no ha sido analizada en profundidad, pero sienta un precedente inédito desde el fin de la segunda guerra fría: una reacción inmediata, conjunta y firme ante una crisis provocada por terceros, crisis que Estados Unidos y la URSS no tienen, a primera vista, intención de utilizar en aras de lo que hasta hace poco eran los constreñimientos del mundo bipolar. Ello no esconde que, desde el 2 de agosto, la percepción respectiva de la gestión de la crisis que han mostrado la URSS y Estados Unidos no haya presentado diferencias. Pero ello también ha sucedido, con otros matices, entre Estados Unidos y sus aliados europeos, o entre éstos mismos.

En el capítulo de los acontecimientos que hicieron posible que algunos servicios de inteligencia hubiesen detectado síntomas potenciales de crisis, cabe destacar la tensión derivada de la posición respectiva de Irak y Kuwait en la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) y la evolución del precio del petróleo.

Hacia mediados de julio de 1990, Sadam Husein había lanzado severas críticas a Kuwait y los Emiratos del Golfo por su política petrolera, a los que acusaba de producir y exportar en exceso, provocando así una caída del precio del crudo que perjudicaba gravemente a Irak. Los 13 miembros de la OPEP se enfrentaban a este problema reiteradamente desde un año antes. En marzo de 1990, en su reunión de Viena, Kuwait y los Emiratos Árabes Unidos (EAU) se habían negado a rebajar la producción. Poco después, en mayo, en la reunión de Ginebra, pareció que se iba a una aceptación de recortes, pero la Agencia Internacional de la Energía (AIE), en París, confirmaba que sólo Arabia Saudí procedía efectivamente a rebajar su producción, lo cual implicaba que únicamente el 25 % del total a reducir era una reducción efectiva. Para junio, en efec-

to, el precio del barril *brent* estaba por debajo de los 16 dólares. A finales de junio, Sadadum Hammadi, vicepresidente ministro de Irak, realizó una visita oficial a Qatar, Kuwait, los EAU y Arabia Saudí, exigiendo perentoriamente una reducción de la producción petrolera. En un tono que, según se dijo, «llegó a vulnerar el protocolo», anunció que cada bajada de 1 dólar en el precio del barril suponía para Irak una pérdida de 1 millón de dólares anuales. Los días 10 y 11 de julio, los ministros de Energía de Arabia Saudí, Kuwait, Irak, Qatar y los EAU se reunieron en Jeddah (Arabia Saudí) para fijar un acuerdo definitivo: Kuwait y los EAU aceptaban rebajar su producción en 1 millón y medio de barriles diarios hasta el llamado «precio de referencia» (que la OPEP había fijado en 1987 en 18 dólares el barril). Sin embargo, en la tercera semana de julio, o sea después del mencionado acuerdo, Sadam Husein lanzó un virulento ataque contra Kuwait y los EAU durante el 22 aniversario de la «Revolución de Julio» (que le llevó al poder mediante un golpe de estado). Entre otras cosas dijo textualmente: «si las palabras no sirven de nada para proteger a los iraquíes, habrá que hacer algo efectivo para hacer que las cosas vuelvan a su curso natural y se devuelvan así los derechos usurpados a sus legítimos destinatarios», acusando de paso a «determinados Estados árabes que minan los intereses árabes», para concluir: «Irak no olvida que cortar cuellos es mejor que cortar los medios de vida de la gente». En un Memorandum que por la misma fecha Irak hizo llegar al Secretario General de la Liga Árabe, Husein acusaba a Kuwait de haber actuado deliberadamente en el sentido de debilitar a Irak durante los ocho años de guerra con Irán. Teniendo en cuenta que Kuwait contribuyó decisivamente —con dinero— al esfuerzo militar de Irak contra Irán, este argumento no tiene ninguna base sólida. Tarek Aziz, el ministro iraquí de Asuntos Exteriores, acusó a Kuwait de haber ocupado subrepticamente territorio iraquí mientras este país libraba la guerra contra Irán, de modo que Kuwait se habría apoderado de territorio rico en petróleo, en la zona de los pozos de Rumaila. Aziz precisaba incluso que en base al precio medio del petróleo entre 1980 y 1990, el petróleo así obtenido por Kuwait sumaba un total de 2.400 millones de dólares. En base a la argumentación de que la guerra Irak-Irán fue un conflicto en que «Irak asumió por sí solo la seguridad panárabe», lo lógico hubiese sido —siempre según Aziz— que Kuwait y los EAU cancelasen la deuda iraquí, pero ello no fue aceptado.

Como resultado de todo ello, hacia el 20 de julio, Kuwait puso a sus (mínimas) fuerzas armadas en estado de alerta, mientras el Gobierno, después de examinar las recientes declaraciones de Sadam Husein y su ministro de Exteriores, publicaba un comunicado ne-

gando todas las exigencias iraquíes «por carecer de base real». El documento de Kuwait hacía un llamamiento a la Liga Árabe para la formación de una comisión de arbitraje, con objeto de resolver la disputa. En la última semana de julio, la diplomacia kuwaití se activó al máximo, llamando a una reunión del Consejo de Cooperación del Golfo y enviando embajadores a todos los países árabes menos a Irak, lo cual suscitó una primera serie de intentos de mediación interárabes, que no ha cesado hasta enero de 1991. El 24 de julio, la prensa iraquí, controlada por el Gobierno, acusaba por primera vez explícitamente al Jefe Sabah de ser «un agente de los Estados Unidos». Desde el 24 de julio, la CIA informó de que varias divisiones iraquíes, más de 35.000 hombres, se habían desplazado a la frontera y, desde ese mismo día, fuerzas de los Estados Unidos iniciaban maniobras en la zona del Golfo o en los entornos de la Península Arábiga conjuntamente con fuerzas simbólicas de los EAU. Es evidente, sin embargo, que la opinión generalizada, en Estados Unidos, Arabia Saudí y la OPEP, era la de que Irak estaba realizando únicamente maniobras intimidatorias contra Kuwait en aras a mejorar su situación en el seno de la OPEP y en materia de precios del crudo. La OPEP se reunió el 27 de julio en Ginebra, donde se llegó rápidamente a un acuerdo. El precio del barril se fijó en 21 dólares hasta finales de 1990, con ulteriores revisiones periódicas. Kuwait veía su cuota mantenida en 1 millón y medio de barriles diarios e Irak, en aquella reunión, no mostró desacuerdos de fondo, excepto que propuso inicialmente un precio mínimo de 25 dólares el barril, con el apoyo de Libia. Entre tanto, la Liga Árabe había previsto una reunión de mediación entre Irak y Kuwait para el 31 de julio, que se presentaba bajo las peores perspectivas, puesto que la prensa oficial iraquí afirmaba «ir a la reunión para hacer valer sus derechos y no para escuchar palabrería sobre solidaridad y fraternidad que no significaban nada», mientras la CIA —y el *Washington Post*— hacía saber ese 31 de julio que Irak había desplazado ya 100.000 soldados a la frontera con Kuwait. La reunión del 31 de julio duró exactamente dos horas e inmediatamente después la delegación iraquí volvió a su país. Las «demandas mínimas» que Irak planteó en esas dos horas eran: una ayuda inmediata de 10.000 millones de dólares, más 2.500 millones de dólares como pago del «petróleo robado» (por Kuwait a Irak), más la renuncia de Kuwait a la soberanía sobre el pozo de Rumaila, más libre acceso (de Irak) a las islas de Warba y Rubbiyan, para garantizar el libre acceso de Irak a la navegación en la zona.

La reclamaciones de Irak sobre territorios kuwaitíes no son nuevas ni las ha inventado Sadam Husein. Simplemente han aparecido y desaparecido en función de

la evolución de la situación política en la región, de los conflictos internos del mundo árabe y de la propia evolución —casi siempre conflictiva— del régimen iraquí. Desde el 2 de agosto, Sadam Husein ha reiterado en sucesivas ocasiones el carácter «artificial» del Estado de Kuwait, declarado independiente en 1961, que de acuerdo con las tesis del dirigente de Bagdad siempre ha sido «provincia de Irak». La base de tal teoría, como es bien sabido, es que bajo el Imperio Otomano, Kuwait dependía administrativamente de la provincia iraquí de Basra (o de Basora), pero de hecho todo el actual Irak era una provincia del Imperio Otomano. En cuanto a la naturalidad o artificialidad de los Estados de la zona, dos cosas merecen ser resaltadas: la primera es la debilidad de la noción de «neutralidad» en la creación de cualquier Estado, que suele ser producto de una suma de factores políticos, históricos y culturales de muy diversa índole; la segunda objeción es que todos los Estados de Oriente Medio son, por razones históricas y de herencia colonial, «artificiales», dato que se acentúa si se tiene en cuenta la escasa valía que en el nacionalismo árabe (ideología panestatista basada en la utopía de una total unidad política y espiritual del mundo árabe) tienen los actuales Estados, considerados todos ellos como artificiales, impuestos, divisores de la unidad árabe, y así sucesivamente.

La fecha clave, ciertamente, es el fin de la I Guerra Mundial, al término de la cual Inglaterra y Francia se reparten los mandatos sobre Líbano, Siria, la actual Jordania, Palestina y Mesopotamia (el actual Irak). Tan sólo Hedjaz, la actual Arabia Saudí, quedaba al margen del reparto, con la custodia de los Santos Lugares del Islam. De hecho, Irak se debate en la situación de semiindependencia, con varias revueltas populares, entre 1922 y 1958. Durante estos largos años Irak se mueve entre una relativa independencia formal y el contrapeso de una ineludible tutela colonial británica (durante los años de la II Guerra Mundial el país fue militarmente ocupado por los ingleses). Con el golpe militar de 1958 (llamado de «los oficiales libres»), de inspiración nacionalista, anticolonial y nasserista, Kassem inicia un nuevo curso, no muy distinto al que en los años 50 y 60 conocen otros países árabes de reciente creación o recién liberados de la tutela colonial. Kassem y, posteriormente (después de su destitución por el golpe de 1968) el partido Baath, parten de la afirmación de la necesidad de la total unidad política del mundo árabe, imposibilitada hasta el momento exclusivamente por la responsabilidad del colonialismo francés y británico. En este contexto, Irak lanza una primera reivindicación sobre Kuwait en 1961, en el mismo momento de la independencia de este país, pero la amenaza es neutralizada por el envío conjunto de tropas de Gran Bretaña y la Liga Árabe. Lo curioso del

caso es que en 1968, el Gobierno iraquí surgido del golpe contra Kassem, bajo la dirección de Hassan al Bakr y Sadam Husein, reconoce oficialmente al Estado de Kuwait, con quien establece relaciones diplomáticas. A pesar de las generosas ayudas financieras que Kuwait prestó al nuevo régimen iraquí —con la obvia intención de mejorar las relaciones—, en 1973 Irak intenta una parcial ocupación de las islas de Bubayyan y Warba, pero se retira ante la enérgica y unánime reacción de la Liga Árabe. Durante la segunda mitad de los años 70, Irak propuso a Kuwait el pleno reconocimiento de sus fronteras a cambio del acceso a Warba y la posesión de la mitad de Bubayyan, pero la negociación no prosperó y queda aparcada cuando en 1980 estalla la guerra Irak-Irán, en la que, como es bien sabido, las relaciones entre Irak y Kuwait fueron excelentes por cuanto los kuwaitíes financiaron ampliamente la aventura militar de Sadam Husein. El 2 de agosto se producía la invasión, y el 8 de agosto Irak se anexionaba formalmente Kuwait, supuestamente a petición del fantasmagórico Gobierno Provisional de Kuwait libre —creado por Irak—, del que se tiene noticia por vez primera el 4 de agosto por la mañana. El 28 de agosto Kuwait se convertía en la 19.ª provincia iraquí, subdividida en tres distritos: Khadima, Jahra y Al Nida.

Estrategias

Hasta el 15 de enero de 1991, fecha en que el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas autorizaba el uso de la fuerza contra Irak, la gestión del conflicto por parte de Sadam Husein se ha basado en diversas estrategias complementarias cuyo objetivo central era uno: durar, hacer que el tiempo trabajase en favor de la «banalización» de la ocupación. En suma, convertir la ocupación de Kuwait en el elemento central de un nuevo «statu-quo». En efecto, en la fase inicial de la crisis, la novedad, el elemento que ineludiblemente aparecía como el causante de la crisis, aquello que había modificado unilateralmente la situación regional, era la invasión de Kuwait por Irak. En la medida en que la ocupación durase, Sadam Husein esperaba modificar esta primera apreciación diluyendo progresivamente la ocupación en una gran cesta de problemas pendientes, muchos de difícil solución pero no por ello menos reales, hasta llegar a un punto en que la situación de hecho, el «statu-quo», fuera el Kuwait anexionado, y la novedad, el elemento a cambiar, su evacuación por Irak. Sabido es que en política internacional —y no es el único campo en que eso ocurre— cambiar unilateralmente una situación de hecho (sobre todo en un marco conflictivo) es siempre más difícil que dejar

